

Núm. 25. 3.^a ÉPOCA. (6 qtos.) 197
EL PROCURADOR GENERAL
DEL REY Y DE LA NACION.

SÁBADO 25 DE JUNIO DE 1814.

S. Guillermo, Conf., y S. Eloy. = *Quarenta Horas en la parroquia de Santiago y S. Juan Bautista.*

VIVA FERNANDO.

HACIENDA.

En los tiempos de revolucion, por lo mismo que se disuelven todos los fundamentos de la sociedad, es preciso atender con preferencia á que no venga á tierra quanto de cerca interesa á su existencia. Por momentos desaparecen los medios de atender á tanto cúmulo de necesidades perentorias y urgentes. ¿Qué haremos con tribunales, si desfallecen sus Magistrados? ¿Qué haremos con exércitos, si yacen en la miseria? ¿De qué nos servirán todos los vastos dominios de la monarquía, si sus habitantes gimen en la miseria? Todo será un trastorno, crecerá el descontento, y los facciosos, que todo lo acechan con ojos malignos, sacarán partido para sus fines depravados. El orden en la Hacienda pública es la operacion mas indispensable y preferible á todas las demas; sin ella no hay que esperar Exércitos y Magistrados, ni orden político, ni sociedad ordenada. Esta será una masa de hombres desesperados por comer, y el mas fuerte y poderoso triunfará siempre sobre aquel que sea mas débil y pequeño. ¿Qué necesidad no compromete al soldado para causarlas? En unos y otros todo es an-

gustia y necesidad de oprimir y ser oprimidos. Al cabo de cinco años, que tanto se ha hablado de Hacienda pública, no hemos visto plan alguno concertado y juicioso, que pudiera dar tono á esta parte tan esencial del Estado. Nuestros arquitectos pasados han tenido talento y gracia particular para derribar los ya establecidos; y si han subrogado alguno, léjos de sernos provechoso, ha provocado el desórden y confusion en tales términos que nadie entendia la xerigonza y tramoya sancionadas para arruinarnos. Destituídos de reglas y principios ajustados para hacer ménos amarga y dispendiosa la suerte de los contribuyentes, no teníamos otra ley, que el delirio y sueños de unos hombres exáltados. Solo veíamos de cierto los enormes sueldos aumentados, crecido número de empleados todos flamantes, creados para chupar nuestra substancia; un ejército de agresores de los restos de las fortunas, esparcidos por todas las provincias como leones hambrientos para cebarse en la indigencia y extremada situacion del pobre labrador. Cada ramo tenia su oficina separada, y todos nuestros esfuerzos y conatos eran las fincas de los mayorazgos destinados la mayor parte al mantenimiento de aquellos genios, que mas habian descollado en promover el sistema democrático y corrompedor. En este lamentable estado ha encontrado nuestro amado Soberano la monarquía grande del mundo, que bien observada solo presentaba los síntomas de las agonías de su cercana muerte. ¿Qué desgracia para un Príncipe que solo quiere el bien de sus vasallos, encontrar tan insuperables estorbos para dispensarles su alivio? Tiende la vista sobre todas las partes de sus vastos dominios, y en todas resaltan los ayes de infelices que esperan auxilio. ¿Qué conflicto conocer su justicia, y carecer de medios para su re-

medio? Pero por lo mismo que el campo de la necesidad es tan extenso, y el de los recursos tan reducido, forma el objeto exclusivo, el arte de reducir los primeros, y hacer mas fecundos los segundos. Para lograr lo primero sin ser visto prevenir las ideas de un gobierno activo y tan interesado en nuestro bien, se nos han ocurrido las siguientes bases ó principios.

1º Fixar qué clase de contribucion debe ser la vigente. Las antiguas, aunque desacreditadas, tienen á su favor la inclinacion de los pueblos, y la última, que es la directa, la hace improductiva la impotencia, y exécrable la injusticia notoria de que adolece.

2º Quedar encabezados los pueblos para la solvencia de las que fueren, y las corporaciones eclesiásticas autorizadas para recaudar quantas dimanen de sus respectivos fondos decimales y propiedades.

3º La fuerza pública ha de ser la precisa y correspondiente á los medios de mantenerla con el esplendor y grandeza que corresponde á tan noble profesion. Conviene, pues, prefixar el número de cuerpos que han de continuar, y fixar el de oficiales de conocido mérito y pericia militar.

4º Como excede sobre manera el número de oficiales al de los cuerpos donde se puedan agregar, no por esto dexan de ser dignos de una preferente atencion del Gobierno, y no es razon abandonarlos en los momentos en que despues de sus loables servicios, esperan con justicia la recompensa de sus fatigas; pero es preciso no confundirlos á todos, porque de otro modo se lastimaria la delicadeza y pundonor militar.

5º Deben ser preferidos en los destinos efectivos los mas antiguos, y que sobre su titulo comprueben en forma debida su porte y conducta aguerrida, con subordinacion y contentamiento de sus gefes.

6º Llenos los cuerpos así de los que hayan de quedar en el continente, como aquellos que se destinen para America, los demas que resulten acreedores á la atencion de S. M. serán aplicados en varios destinos atendida la disposicion de cada uno para su puntual desempeño.

7º En caso de licenciarse algunas tropas serán por su orden las siguientes: 1º Los que fueron de las milicias provinciales. 2º Los casados. 3º Los artistas mas útiles á la sociedad.

8º Verificados, pues, estos principios resultará rebaxado en gran parte el exorbitante número de oficiales y soldados. Tambien lo será el de empleados, y la agricultura y artes tendrán mas brazos, disminuido el aliciente de tantos destinos.

Estas ideas son muy imperfectas, pero sobre ellas puede extenderse un genio emprendedor. Aunque de nada sirvan, á lo ménos indican que el ramo de Hacienda debe llamar con toda preferencia la atencion del Gobierno, si no queremos imitar el descuido de los regeneradores.

Al mismo tiempo que estábamos trabajando sobre este punto, hemos recibido otras ideas sobre el mismo asunto, que las contemplamos muy juiciosas, y por lo tanto las damos al público en un Apéndice separado.

ARTICULO COMUNICADO.

Señor Procurador general: Hace cinco meses que con la noticia de la traslacion del Gobierno á esta Capital, me constituí en ella á purgar las reliquias de mis pasadas culpas. No podré explicar á V. debidamente el placer que sentia mi alma contemplando á mi dulce Pátria libre en la mayor parte de las huestes del tirano, y establecido el

gobierno en el centro de la Península. Y aunque miraba muy distante la restitucion de nuestro deseado Rey el Sr. D. Fernando VII, en que consideraba el colmo de nuestra felicidad, me consolaba sin embargo la sola idea de un Congreso Nacional, del qual me prometia los mayores progresos hácia el bien general de la Monarquía. Veía próximo el restablecimiento de la mas rigorosa administracion de justicia, y desaparecer los efectos de la anarquía y del desórden, inevitables en el conflicto de dos fuerzas armadas; creia cerca el momento de ver restablecido y organizado el sistema de administracion de la Real Hacienda, proporcionándose de consiguiente medios prontos y sin notable agravio de algunas provincias, para la subsistencia y pago de nuestros libertadores, á quienes debemos eterno agradecimiento, y para las demas urgencias del Estado: y transportado con estos pensamientos deseaba con tanto anhelo ser testigo de las discusiones del Congreso, que ni la rigidez de la estacion, ni las incomodidades de un largo viage fueron parte para minorar mi júbilo. Pero ¡quál fué mi sorpresa y asombro al ver la falta de libertad, de decoro, de moderacion y de juicio con que se trataban los negocios en el tal Congreso! Seria largo el referírselo á V.; solo le diré que á los últimos dias de la primera legislatura, fué tal el disgusto y el enojo que me causó semejante desórden, que no pude ménos de desahogarme estampando la exposicion que dirijo á V. para que si gusta lo inserte en su periódico, puesto que se ha presentado á mi vista en el acto del escrutinio de mis mamotréto. Dice así:

*Exposicion congratulatoria de un patrióta coxo á los
que él sabe.*

Permitidme, excelsos compatriótas míos, que en estos dias de ocio en que á nada tengo que atender si no á la puerta del Sol y á la Fontana, me regocije, juntamente con vosotros, con el dulce recuerdo de los rápidos progresos que experimentamos hácia la prosperidad de la Nacion. Yo que tanta parte he tenido en esta grande obra, soy tambien el primero á congratularme, y á gustar el premio con que la sábia naturaleza recompensa las acciones del hombre: en efecto, las lágrimas de placer que derramo al ver asegurado el fruto de nuestras tareas y desvelos, son justa remuneracion á tamañas fatigas y sacrificios, en poner los primeros cimientos de la libertad española, consolidada ya para siempre. Mas no crea el mundo que esta libertad consiste únicamente en haber sacudido el yugo del tiráno de la Europa, y la opresion de sus infernales satélites, no por cierto; si este objeto hubiera ocupado nuestra primera atencion, años hace que estaríamos libres de sus bayonetas en la mayor parte de la península. Tanta sangre derramada en Cadiz, no se ha vertido por esta sola libertad: otra mas sublime y mas interesante es la que hemos procurado, y la que hemos conseguido afortunadamente. Y si bien no es conocida por su nombre, porque no puede titularse libertad civil ni política, sus efectos son por lo ménos bien notorios y sensibles. Estos se dexan ver por todas partes, y con especialidad en nuestras grandes concurrencias y reuniones. Diganlo los sucesos de ciertos dias al rededor del gran salon, donde reunidos en corrillos en ademan de mandarinnes, ninguna autoridad se reconocia si no la nuestra. En vano manda el Presidente que nos sepa-

remos , porque se le responde que los señores diputados solo tienen poder adentro : en vano el oficial de la guardia procura disipar las juntas , porque se le contexta que con nosotros nada tiene que hacer. Por fin , se ve precisado á pedir por favor la separacion y la tranquilidad. ¡ Oh libertad adorada ! ¡ encantadora libertad ! ¡ cuán placentera me es la idea de haber abandonado las agujas y el taller por seguir tu partido ! Los fanáticos , los preocupados , los ignorantes la llamarán tal vez anarquía y desórden ; pero gracias á *las luces de nuestro siglo* , y á vuestra profunda filosofía , se designa ya con señales indudables. A los exércitos mismos les dexamos en libertad para pedir ó tomar de donde se halle (ménos en Francia) lo necesario para su subsistencia , y para continuar la guerra contra el usurpador. ¿ Podrá lograr nacion alguna mayor felicidad ? Hay mas. Aunque en un principio se declaró residir la soberanía en las Córtes ó Congreso nacional , hemos hecho despues soberano al pueblo simultáneamente , no como quiera , si no en actual exercicio ; y no se dude de esto , porque os lo he oido así muchas veces , y esto basta para que yo no vacile un instante ; ademas de que se ha anunciado en el teatro con agrado y consentimiento nuestro en la siguiente letrilla:

*Constitucion , Señores,
cuenta con ella ;
que el pueblo es soberano,
castiga y premia.*

¿ Con que el pueblo tiene facultad de castigar y de premiar ? ¿ Y á quién puede castigar ? Sin duda que al mismo pueblo ; es decir , á sí mismo ; de modo , que él mismo puede castigar , y ser castigado por sí propio. Y no se crea que en esto , ni en estar la soberanía en las Córtes y en el pueblo

hay incompatibilidad alguna. Solo á los peregrinos ingenuos de nuestro siglo, y á vuestra sabiduría sin *tino* estaba reservada esta feliz conciliación.

La igualdad es otro de los frutos mas preciosos de nuestra constancia y de la sangre derramada en Cádiz. Claro es que siendo soberano el pueblo, todos los individuos que le componen tienen igual parte de soberanía, porque todos tienen igual derecho; de aquí es que necesariamente hemos de ser todos iguales, y no se reconocerá jamás diferencia, vasallage, ni cosa alguna que se le parezca, y que pueda derogar en lo mas mínimo la sacrosanta igualdad. Y para que esto se verifique con toda plenitud y extension, hasta los coxos, tullidos, mancos y jorobados se han de enderezar é igualar. Esta pierna izquierda, que en aptitud de hacer á cada paso genuflexiones, parece que ofrece homenajes indebidos, y que tanto me humilla á mí, y degrada al género humano, pienso el verla todavía igualada con la otra, y arrojada la muleta, pues que estamos acostumbrados á hacer mayores milagros. Ningun hombre ha de ser mas alto que otro, ni mas gordo ni mas flaco. Las mugeres siempre fueron iguales, y esta circunstancia nos excusa de tomar providencia acerca de ellas. He aquí, ilustres compatriotas, consumada nuestra grande obra. No dudeis que hemos merecido las bendiciones de la patria, y la admiración y la gratitud del mundo entero.

Apéndice al Procurador General del Rey y de la Nación, núm. 31. Se hallará en las mismas librerías que este periódico.

POR D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Con licencia del Excmo. Sr. Capitan General.